

lo que á mí hace mi peinetita y mi poco de cinta, no digo que no; pero por lo que toca á esas cornamentas que gastan algunas como las que yo digo, no señora; una cosa es esa, que no la puedo atravesar. No pierden baile, señorita

Maestra. Tampoco la disgustan á vd.

Severa. Alguna vez no digo que no; pero si he de decir la verdad, mas me gusta un ratito de paseo que todos esos fandangones.

Maestra. Tambien lo creo. Todo lo que sea correrla, andar de Ceca en Meca y no parar en casa

Severa. *Gente parada, mal pensamiento;* eso ya tiene otro ver, señorita.

Maestra. ¿Y quién la ha dicho á vd. que esa máxima se entiende de ese modo? ¿No se les ha hecho á vds. entender que el recogimiento, y ser caseritas son la propiedad principal á las niñas bien educadas? Eso quiere decir, que siempre debemos estar ocupadas, evitando el ocio cuanto sea posible, y no en el sentido que vd. quiere darle. Ya se les ha dicho á vds. que las máximas morales no se oponen las unas á las otras, y esto debe tenerse muy presente para no errarlo. ¿Lo ha entendido vd.?

Severa. Ya lo entiendo, señorita; pero ¿qué le

hemos de hacer? Es lo que siempre se ha dicho, *viviendo y aprendiendo.*

Maestra. Lo que yo quisiera, que acabara vd. de aprender á buscar los defectos que en sí tiene para corregirlos, y se dejara de defectos de vecinos y vecinas, disimulando cuanto pudiera todos los ajenos.

Severa. Esa tambien es una verdad, señorita; pero me da tanto enfado de que sean así, y luego á todo se saltan con que ellas no son como cualquiera otra persona, que son personas de honor . . .

Maestra. Digan lo que quieran, vd. no ha de dar cuenta á Dios de sus acciones: ¿qué sabemos lo que serán interiormente?

Teresita. Yo no soy amiga de méterme en lo que no me importa; pero todas esas que no van á las cosas buenas, y andan en esas diversiones que dice Severita, tampoco me vengán á mí con que son personas de honor: esos honores no son buenos.

Maestra. ¿Cuál he dicho á vds. que es el verdadero honor?

Teresita. *Obrar en todo segun razon: darla á quien la tenga: creer á Dios y procurar salvarse.* A lo seguro, á lo seguro. Diga vd., señorita, ¿es verdad que un herege dijo á unos capuchinos que iban

tiritando de frio, ¡qué chasco os llevais en pasar tanto frio, si es cierto lo que pienso yo! Y que respondieron ellos, *mas chasco es el tuyo con el fuego que te aguarda en el infierno, si no dejas tu religion y sigues la nuestra?*

Directora. Sí, hija mia, y aunque no lo fuera, siempre será la mayor locura anteponer lo incierto á lo cierto en punto el mas interesante, y caso mas terrible, como dijimos.

Teresita. Aun cuando así no fuera, lo que es imposible habiéndolo dicho Dios, ¿qué perdiamos nosotros con ser cristianos? Y por el contrario, ¡cuánto pierden ellos siendo cierto, como lo es, cuanto nos ha revelado! ¡Luego dicen que somos unos fátuos! mas fátuos son ellos.

Luisa. Sobre eso estuvo divino el predicador de N. P. S. Francisco en un sermon de desagravios.

Rector. Tuve la satisfaccion de oirle, y segun lo mucho que se habló del sermon y principalmente del último punto de moralidad, hubiera tenido un gran sentimiento si no hubiera asistido: justamente le llamaron del convencimiento; pues hizo ver, á no dejar duda, que los fátuos, los insensatos, locos é indiscretos, son los incrédulos. Si siempre se hablase al pueblo tan al alma, otro se-

ría el fruto que se sacase de la predicacion. Los Apóstoles con discursos llanos y sencillos, convertian naciones enteras, cuando muchos predicadores del dia, con discursos pulidos y frases estudiadas, no suelen convertir un alma: esto no procede de otra cosa, de que los Apóstoles nos predicaban á Jesucristo, y los de estos tiempos suelen predicársenos á sí mismos; no buscando otra cosa que su propia gloria. “Los oradores cristianos, decia San Gerónimo, cuando anuncien la palabra de Dios, deben hacerlo de modo que no se oigan en su auditorio las aclamaciones, sino los gemidos.

Luisa. Cómo levantaba la voz cuando decia: venid acá, incrédulos, y decidnos ¿qué arriesgamos los cristianos con ser cristianos? Pero y vosotros, ¿qué es lo que arriesgais, infelices?

Rector. No hay duda: quien ha vivido y muere en sus incertidumbres, no puede alabarse de vivir y morir sin inquietud. ¿Acabará yo todo entero? ¿Vivirá mi alma despues de la disolucion de mi cuerpo? ¿Cuál será mi suerte? Sé de donde salgo, pero no sé adonde voy. Estos son, sin duda, en vida, y estos serán en su muerte los pensamientos de esta clase de libertinos: pensamientos terribles para un incrédulo y un agonizante

pirrónico que no ha adorado otra divinidad que al ídolo de sus placeres y pasiones.

Teresita. Lo que yo decía, señorito, que los cristianos por ser cristianos no tendremos ahora ni cuando nos muramos esos miedos; pero ellos, sí señor.

Directora. A esa reflexion, ni han respondido, ni responderán los incrédulos, hija mia. Y aun en este mundo logran los virtuosos de una alegría, quietud y felicidad de que no participan los malos.

Pacita. Por eso dirán algunas veces: *qué cara de paz que tiene el hombre, ¿no es verdad?*

Directora. Así es; porque el gozo y tranquilidad interior se manifiestan en su semblante; como por el contrario, el malo está desasosegado, ni tiene gusto consigo, ni le deja tener.

Plácida. Pues ellos dicen que los demas no están tan divertidos como están ellos.

Directora. Cuando eso digan, no hay que creerlos, dice el Espíritu Santo; porque para una nada de alegría aparente que reciban, están llenos de amargura, desasosiego y mil especies de tristezas: se llenan de enfermedades, tienen vida corta y sienten la muerte con horror indecible.

Engracia. Pues por mí, con tal que Dios me

cogiera en gracia, aunque me muriera aquí mismo: así iria á la gloria cuanto antes.

Plácida. Con tal que nos cogiera en una buena hora, mucho mejor para nosotras.

Maestra. Así es; pero tengan vds. presente que los buenos cristianos logran de mas salud, tienen vida mas larga, y viven con mucho mas placer que los malos, como está repetido á vds. tantas veces y la esperiencia lo acredita. Diga vd. la coplita del justo.

Plácida. Nada le altera al justo,

Ni sobresalta,

Y como Dios es todo,

Nada le falta.

Justa. Por eso decía vd. el otro dia, que ademas de la gloria que aguarda á los buenos en el otro mundo, tienen otra aquí del modo que puede ser.

Maestra. Eso es: tienen todos los bienes que hemos referido, con los frutos que produce la buena conciencia y vida cristiana. Conque vean vds. quién lo pasa mejor aun en este mundo, si los buenos ó los malos.

Justa. Los buenos, los buenos: no hay como ser bueno, para acá y para allá. ;Si viera vd., señorita, qué cosas tan bonitas tiene sobre esto un

libro que mi señor padre nos hace leer en casa!
Algunas me han gustado tanto, que no he parado
hasta aprenderlas de memoria: ¿quiere vd. que
las diga para que las oigan mis compañeras?

Maestra. En hora buena, con eso se hará vd.
á hablar en público, y lo lucirá cuando lleguen
casos semejantes: vamos con ello; oigan vds. lo
que dice Justita.

Justa. Venid, hijos, oidme,
Que de Dios el temor quiero enseñaros.
¿Quién desea la vida, y dias claros
Y felices, decidme,
Ver en ella y gozar? Quien lo desea,
Palabra torpe y fea
Pronunciar á su lengua no permita,
Ni consienta que salga de su lábio
Mentira, con agravio
De la verdad bendua.
Huya del vicio, á la verdad aspire,
Paz procure, paz ame, paz suspire;
Y en habiéndola hallado,
Corra siempre tras de ella enamorado.
Muchas tribulaciones
Pasan los justos; mas de todas ellas
Los liberta el Señor. En sus querellas,
En sus persecuciones

Resisten con heróica fortaleza,
Porque les da firmeza
El Señor y constancia hasta la muerte.
No así del pecador desventurado,
Que en el mal obstinado,
Con infelice suerte
Entre duras congojas y agonías
Acabará sus dias.
Y el que al justo aborrece,
Tendrá el fin desastrado que merece.
Mientras de Dios guardado muere el bueno
Con ánimo sereno;
Pues el que en Dios espera,
No se verá que de desastre muera.

Directora. No puede decirse mas, ni pintarse
con mas vivos colores la diferencia del bueno al
malo; los premios de aquel y castigos de este aun
en esta vida.

Maestra. Esa es sin duda alguna, según mues-
tra su belleza poética, parte de la traduccion del
Carbajal sobre los Salmos. No hay remedio: *en
resistir á las pasiones se encuentra la verdadera paz.*

Justa. Y no en seguir las, como nos ha dicho
vd. tantas veces: ¿de qué sirve un poco de diver-
sion, si luego da tantas tristezas? Mas vale un
poquito de trabajo, que nos da tantas alegrías, co-

mo dijo aquel señor que estuvo aquí la otra semana.

Clara. Cuando decia que *mas valia llorar con Cristo, que reir con el Diablo.*

Directora. Así es: está visto que son mas fátuos, mas locos y mas infelices los que siguen las pasiones, que los buenos cristianos que las traen á raya y obran conformes á la buena razon. *Quien quiera estar siempre alegre, tenga buena conciencia.*

Severa. Señorita, se me olvidaba decir á vd. que me he encontrado en la calle con aquella rechulita que me hizo burla el otro dia desde su balcon. No sabe vd. la cara tan mala que llevaba: no parece sino que la habian vomitado: á ella la pareceria que no la conocí, porque de que me vió, al instante volvió la cara á otra parte; pero á mí no se me despintó.

Justa. Ha estado muy mala: la otra noche se asustaron muchísimo en su casa porque empezó á echar sangre por la boca; luego, por la mañana, de que lo supo su abuela, fué allá y la estuvo diciendo que ya habia visto lo que la habia sucedido, que ahora veria como era por su bien todo lo que la estaba predicando y por lo que se enfadaba con ella.

Severa. Eso es tambien lo que dice mi abuela,

que *quien te quiera mal te hará reir, y quien te quiera bien te hará llorar.*

Justa. La decia que en eso habia de venir á parar tanto aljofifar, tanto bailar, tanto brincar y andar tan desnuda. Aquello era mucho, señorita, siempre tenia la casa enaguarchada; se apretaba tanto, que yo no sé como no se la partia la cintura: algunas veces que se ponía al balcon, era una mala vergüenza mirarla; no tenia mas que las enaguas y la camisita puramente; pero nadie la podia decir nada, porque á su abuela, cuando la decia que no aunduviera así, la respondia que eso eran vejeces y rancierías: no puede ver por esto á la gente vieja.

Severa. Pues yo, lo que dice mi abuelo: *que jamon añejo hace puchero;* y que lo nuevo, aunque tenga buen gusto, da carbunco.

Justa. A la mas chica la han salido tambien unas cosas muy malas en la cabeza.

Maestra. Vaya por Dios, vaya por Dios.

Severa. Diga vd. que no le hace, señorita, que tambien era de las de la cabeza descubierta y rebozo en el hombro.

Maestra. ¿Y la caridad, dónde se la deja vd.?

Severa. Yo no lo hago por mal, señorita, que lo hago por bien: aunque no vieran mas que lo

que se están desgañitando en los púlpitos contra estas cosas, y todavía no se quiere hacer caso ninguno. . . .

Maestra. Pues en ese caso y otros semejantes, *compasion y oracion*, sintiendo mucho que estén malas, y pidiendo á Dios las haga buenas.

Rector. No puede negarse que muchas modas son tan contra el alma, como contra el cuerpo. ¿Quién puede dudar que la mucha humedad, la desnudez y falta de abrigo impiden la traspiracion, y la falta de esta, causa esas y otras muchas enfermedades?

Severa. Pues á mí no me vengan con esas, señorito; *mas vale sudar que toser: ande yo caliente, y ríase la gente.*

Maestra. Ello es que para todo tiene vd. su refran.

Severa. Es lo que se dice, señorita, que *el saber no ocupa lugar.*

Justa. Dice el padre D. Juan que *para estar bueno, no hay como ser bueno.*

Maestra. Esa es una máxima que deben vds. tener muy presente, y por lo mismo se repite aquí tantas veces: las niñas que no viven como deben y andan desarregladas, se ponen malas, se llenan de achaques, y todo lo que era reír se convierte

en llorar. Bien lo han visto vds. en esas y otras niñas, que por entregarse á sus tonterías, lo han pagado á muy caro precio. Es lo que ha dicho la Justita, que *para estar bueno, no hay como ser bueno*; ni de otro modo se puede tener gusto verdadero.

Rector. Los mismos filósofos gentiles, en medio de sus desvarios y placeres, llegaron á experimentar eso mismo y convencerse de tan grande verdad. El mas infame, el mas profano de todos ellos, cuando se veía algun tanto libre del frenesí que le atolondraba, tenia pensamientos mucho mas nobles que los jóvenes descatalogados de nuestros dias. Epicuro, el mismo Epicuro, está clamando "que no se puede vivir con gusto si no se vive conforme á las leyes de la sabiduría, de la honestidad y de la justicia."

Maestra. Es necesario carecer de sindéresis para no ver y confesar todos esto mismo. El dulzor de las pasiones engendra amargura, y lo honesto de la virtud llena de alegría.

Justa. Dice el padre D. Juan, que el que por la noche come achicorias, tiene por la mañana mejor gusto de boca que el que come miel.

Maestra. Tiene razon; y eso cabalmente sucede con los placeres. Escusamos, en el caso de

otros testimonios, que lo que nos dice el Espíritu Santo: *Los extremos del gozo siempre paran en llanto.*

Justa. Estaba yo diciendo todas esas cosas el otro día á unas amiguitas de otra Amiga, y unos señoritos que lo oían, decían que era verdad; pero que no se podía ser tan bueno como se quería, y que al tiempo se le había de dar lo que era suyo.

Encarnacion. Dice mi madre que los que dicen eso, *dan la carne al mundo y á Dios el hueso;* que me libre yo de ser así y que siempre sea buena.

Maestra. En todo tiempo estamos obligados á ser buenos, sin excepcion alguna. Los que piensan de otro modo, no piensan como cristianos; y menos cuando dicen que no pueden refrenar las pasiones y vivir arregladamente.

Justa. Si no hacen nada para ser buenos, ¿cómo lo han de ser?

Maestra. Así es: los fines no pueden conseguirse sin poner los medios. Es imposible mantener conducta arreglada metidos en las ocasiones de pecar, leyendo malos libros, juntándose con malas compañías, andando en francachelas, comilonas, borracheras, bailes indecentes, y otras diversiones de esta clase.

Justa. Así nadie puede ser bueno, por mas que diga que lo quiere ser.

Maestra. Es lo mismo que si uno quisiera calentar una cosa con nieve, ó enfriarla con fuego; porque si no se pueden conseguir los fines sin poner los medios conducentes, ¿cómo se han de conseguir poniendo los medios contrarios?

Justa. Entonces es dos veces imposible, cuanto mas una, ¿es verdad?

Maestra. En algun modo puede decirse así, ó algo mas que imposible; como decimos cuando la imposibilidad es de las mayores.

Justa. Como esos señoritos leyeran otros libros, se juntaran con otras personas, no tuvieran tan malos entretenimientos, y fueran á los hospitales y á los sermones, haciendo por ser buenos, ellos lo serian.

Maestra. Y sin el trabajo que les parece, porque apartando los impedimentos y tomando los medios que proporcionan ser virtuosos, se consigue sin dificultad lo que de otro modo es tan imposible.

Angela. Y entonces nos ayuda Dios tambien, ¿es verdad? y el santo ángel de nuestra guarda, y los santos á quienes rezamos.

Maestra. Así es; y mas que todo, las confe-

siones que hacemos y comuniones que recibimos, pues nos llenan de gracia y fortaleza con aborrecimiento á lo malo y á todo lo que nos gustaba cuando no tomábamos estos medios.

Justa. Como ellos no lo ven, les parece que es mentira.

Maestra. Es verdad; y por eso tienen por hipócritas á los que son buenos, porque no pueden ellos persuadirse que las personas virtuosas practican todas aquellas virtudes que ellos no pueden practicar, por no tomar los medios para poder hacerlo.

Justa. Porque quieren calentar con nieve y enfriar con fuego, como vd. decia.

Maestra. Así es, así es; ¡cuánto me alegro se acuerde vd. de eso!

Directora. Como ellos pensaba el mismo San Agustin, y esas mismas dificultades ponía antes de convertirse y tomar los medios para hacerse virtuoso y dejar los vicios. Me acuerdo de esto casi siempre que salgo de casa y veo la iglesia de enfrente, consagrada al Santo. Hagan vds. lo que se les ha dicho, y no les costará trabajo el ser buenas, cuidando principalmente de huir las malas compañías y no tomar amistades con quien no sepan que es muy bueno.

Clarita. Y lo que dice mi madre: *que los muchachos con los muchachos, y las muchachas con las muchachas.*

Directora. Eso es, eso es; pero volvamos al punto de nuestra disputa, del que nos hemos distraído. Venga vd. acá, Luisita, que me ha ocurrido una réplica contra lo que vd. dijo de la venida del Mesías: ¿cómo los judíos, que vieron en Cristo cumplidas todas las profecías, no se convirtieron?

Maestra. También está hecha esa réplica; veremos si se acuerda de la solución y desata la dificultad con su verdadera respuesta.

Luisa. Me acuerdo, me acuerdo; porque las señales de grandeza y potestad con que ha de venir á juzgar á todos en su segunda venida, las confunden con las de la primera y no quieren tenerle por Dios viéndole en tan pobres pañales, como vd. nos dijo.

Teresita. Hasta que se cansen de aguardarle, y crean que no le gustaba andar en coche ni quería ser rico.

Directora. Se portan, Maestra, se portan; están aun mas adelantadas de lo que yo pensaba, y hallo un lenguaje superior á su edad, aunque estas son ya grandes: ¿qué se rien vds.?

Maestra. Si señora: se rien del misterio que hay en el caso. A mas de las esplicaciones, me he valido, como dije á vd. en los vaticinios, de ciertos párrafos de memoria, con lo que sobre lucirlo en la instruccion, lo lucen tambien en el lenguaje y aprenden muchas frases con que amenizar lo que dicen.

Directora. No podia menos de ser así: y diga vd., ¿tambien las habrá traído en prueba evidente de la divinidad de Jesucristo la santidad de su doctrina, tan pura, tan sublime y tan consiguiénte en todo? ¿Haberla él mismo practicado todo el discurso de su vida, no como Mahoma, que en los preceptos para reprimir excesos de pasiones, decia: "*excepto el profeta;*" y hablando de mugeres, añadía la extravagancia de que Dios le había revelado, que si los demas tenían cuatro, tuviese él nueve?

Rector. Esos disparates, juntos á la prohibición que hace á los suyos de disputar con razones sobre su religion, así como por el contrario, tanto se nos encarga á los cristianos y aun se llora el que no hagamos un profundo estudio sobre los motivos de nuestra santa creencia, prueban evidentemente la certeza de esta y la nulidad de aque-

lla; reflexion que no dudo habrá hecho la Maestra á nuestras niñas.

Maestra. Todo eso está dicho.

Directora. ¿Tambien la inocencia del Señor, examinada por sus mayores enemigos, sin que pudiesen hallar el menor defecto, ni movimiento de pasion desordenada, ni jactancia, ni mentira, ni ostentacion, vanidad, lisonja y temor, ó inconsecuencia, mudanza, contradicción ni aun aparente?

Maestra. Sobre esa conducta inimitable se ha reflexionado mucho.

Directora. ¿Tambien el modo maravilloso que tuvo de fundar su Imperio porque no se valió de doctos, sino de rudos, á quienes iluminó milagrosamente? Tampoco tuvo la proteccion de los príncipes, antes todo lo contrario: no se valió de las armas ni de violencia alguna: no habló jamas á favor de las pasiones, antes bien enseñaba á mortificarlas y reprimirlas.

Maestra. Está todo bien dicho, y muy repetido, señorita, con los prodigios que hacia.

Directora. Hacia prodigios, y daba este mismo poder á sus apóstoles, hasta sujetar y oprimir los demonios que lanzaba de los cuerpos: con lo que probaba, que el diablo no le ayudaba en tan

grandes maravillas, pues en tal caso obraría contra sí mismo.

Rector. ¿Y será posible haya hombres todavía tan obstinados, que habiendo probado tan completamente su misión el Enviado por el Eterno Padre, no quieran reconocerle? ¿Cómo puede ser que unas señales tan individuales, unos prodigios tan extraordinarios, y una conducta tan inimitable no obliguen á la razón, para que sin poder resistirse esclame como el Centurion: “*verdaderamente hijo de Dios era este?*” ¿Cómo es que por espacio de cuatro mil años fué este hombre anunciado á la tierra por una serie no interrumpida de clarísimas y asombrosas profecías? ¿Qué hombre es este, de quien el cielo y la tierra se ocupan tantos miles de años antes que aparezca en el mundo, representándole desde un principio hasta su venida en los mas ilustres personajes?

Maestra. Sin mas que lo que han insinuado las niñas, no debia dudarse era este el anunciado por todos ellos. Tenemos ademas en la vida de José y otros muchos unas pruebas nada equívocas de esto mismo.

Rector. Si reflexionamos en la vida de José, hallaremos una vida anticipada de Jesucristo; vendido por envidia de sus mismos hermanos, sufrió

los mayores padecimientos en tierra estraña, y en compañía de otros dos criminales, de quienes uno se salva y otro perece. De tan grande humillacion, sube al mayor grado de soberanía: esta proporciona la prodigiosa multiplicacion de su pueblo, que ahogados sus contrarios en las aguas del Mar Rojo, figura del Bautismo, camina por el desierto hasta llegar á la tierra prometida, libre de sus enemigos, y habiendo Dios obrado en su favor los mayores milagros, portentos y prodigios.

Directora. Lo mismo tendremos, si reflexionamos sobre Job y nuestro divino Redentor.

Rector. No hay duda alguna que reflexionadas las coincidencias entre Job y Jesucristo, hay que confesar esto mismo. Un Jonás sepultado tres dias en el vientre de un pez disforme, manifiesta clarísimamente el tiempo que Jesucristo estuvo en el sepulcro.

Maestra. Estamos todos conformes en que dichos personajes manifestaron claramente al divino Redentor; pero para mí en este caso siempre ocupará el primer lugar aquel obediente Isaac, que resignado ciegamente en la voluntad de su padre, sube al monte, cargando sobre sus hombros la leña para el sacrificio.

Rector. No puede negarse que Isaac fué la